

A TRAVÉS DEL ESPEJO

Estelas de color

A principios de los ochenta fui a Milán invitado por los responsables del Instituto Interuniversitario de Comunicación Visual a dar una conferencia en la sala del Grechetto del Palazzo Sormani. Hablé ante un auditorio, debo confesarlo, en mayor medida burgués que académico. Más tarde, en la discreta recepción que siguió al acto, debatía cordialmente con el crítico Federico Zeri sobre el discutido magisterio del legendario historiador del arte Roberto Longhi, tema eterno y por supuesto nada neutro para el eminente *connaissanceur*, cuando terció la arquitecta milanesa Gae Aulenti para rescatarme del apasionado debate y presentarme a una simpática pareja que durante años había dirigido la galería de arte contemporáneo Il Millione de Milán. No sé con qué motivo el nombre de Franco Monti saltó a la conversación: viejo amigo de juventud de todos ellos, fue calificado de inmediato como una personalidad impredecible y atractiva, antiguo aventurero africano y escultor de curiosa originalidad. "Es de una amabilidad de otro tiempo y posee una sensibilidad para la forma tremendamente actual", creo recordar que añadió alguien. Un personaje curioso, sin duda.

Veinte años después, me hablaron de un reputado coleccionista de arte africano que vivía retirado en una extensa propiedad en Ibiza, dedicado por entero al arte. Intrigado por su obra, que apenas conocía por algunas fotografías, salté a la isla y pude conocer al personaje: se trataba de Franco Monti. Debo decir, sin exagerar, que entre nosotros se produjo una inmediata reacción de amistad: me sentí como quien recupera a un viejo amigo. Años después he escrito un libro sobre el artista y puedo añadir, sin traicionar intimidades, que me sigue pareciendo enigmático, un escultor casi diríamos clandestino.

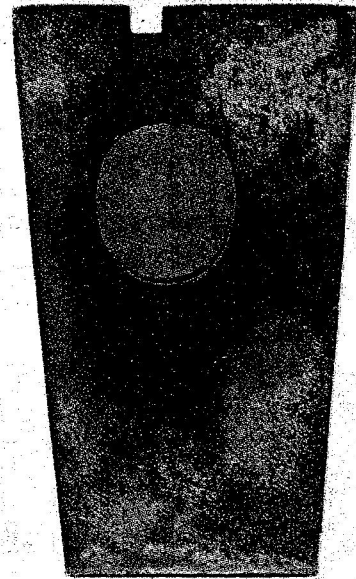
Desde hace tiempo nos hemos visto con frecuencia y recientemente en Barcelona hemos podido ver una trabajada muestra de su obra escultórica. Debo señalar, sin embargo, que mi intuición se ha visto confirmada con creces: Franco Monti es hoy un artista reputado y su obra puede verse en notables colecciones internacionales como en Varese, en la modélica Fundación Panza di Biuno.

Monti es, por supuesto, un personaje complejo que ha llegado a las formas plásticas a través de un abrupto itinerario hacia lo que me atrevería a llamar la belleza ideal. Jamás ha estado vinculado a grupos, escuelas o tendencias artísticas en alza, ni ha perdido tiempo en la elaboración de esa suerte de sincretismo artístico que aproxima a tantas obras de arte contemporáneo a los modelos constructivos e imaginativos puestos en juego por las vanguardias históricas al romper el siglo XX.

Bien al contrario, la mirada de Monti es la del antropólogo, la del escrutador, la del científico, en suma. Su larga familiaridad con las etnias y culturas subsaharianas le ha convencido de que el arte es por encima de todo forma, pero unas formas cuyo significado profundo debe indagarse en la cultura material e intelectual en la que cobran vida. Formas, así, que se traducen en imágenes o en signos, pero que responden siempre a una trama intencional —son las razones del artista—, en conflicto con la necesaria autonomía artística que define la obra de arte contemporánea.

Entiendo las obras de Monti como una suerte de "estelas de color", por utilizar un símil sencillamente descriptivo: son señales, mojonnes que marcan el espacio abierto con signos de arte. *De Sol a Sol* (2004) es sin duda una de las obras más difíciles de Franco Monti. A partir de un encofrado de láminas de hierro y

tablas de madera se ha construido un vástago de dos caras rectangulares y una cavidad rectangular descentrada en descenso hasta el punto medio de la forma. El encofrado se ha llenado de hormigón, y una vez consolidado se ha obtenido una masa compacta en marrón oscuro sobre la que resalta el trazo vertical. Esta osquedad se ha rellenado después de hormigón y sobre las dos caras de la escultura se ha tallado un potente disco rojo. Vista lateralmente, la escultura se presenta como un huso, pero el color intenso del disco contrasta con la superficie rugosa de tonalidades que domina el conjunto.



De Sol a Sol (2004), de Monti

El insólito descubrimiento de Monti del hormigón y del cemento como soporte de sus fantasías visuales tampoco es casual. Indaga con la insistencia del ingeniero en las posibilidades formales y expresivas del material, dando vida de este modo a un universo sensible cuyas caprichosas geometrías realizan sigilosamente una pensada combinatoria figurativa. La imaginación o la fantasía del artista diseñan complejos nexos formales que más tarde se aplicarán al material fluido a lo largo de un proceso recurrente de estructura y función, de modelo y forma material. Se trata, cruelmente dicho,

de vencer o ser vencido por la resistencia de los materiales, que imponen al artista su dureza una vez fraguados, y lo fuerzan al duro ejercicio del cincel o el escoplo mecánico, a la depuración intelectual de la árida materia. Un resultado, así, siempre impredecible y, repito, enigmático, consecuencia primera del drama expresivo latente en toda obra de arte genuina. Porque no se trata de reproducir esculturas volumétricas sobre un material inerte, sino de establecer una propuesta paralela de figuración en la que los materiales se ajustan o rechazan el encofrado inicial para seguir libremente nuevas claves asociativas, referenciales, de enriquecedora energía formal. Un arriesgado envite de pericia e intuición.

El joven Goethe entendió pronto el intrincado desarrollo que culmina en la obra de arte bien hecha: "La auténtica obra de arte resulta siempre infinita para nuestra inteligencia: es contemplada y percibida, actúa, por decirlo de algún modo, pero en realidad no puede ser conocida y menos todavía expresar a través de las palabras su esencia y su valor". En definitiva, los desnudos volúmenes de Monti configuran a los ojos del espectador un bosque de signos que compiten con la naturaleza en la quebradiza tarea de agudizar nuestra espesa sensibilidad contemporánea.

El trabajo de las formas de Franco Monti, sus objetos de arte, traza el arduo camino de un convencido idealista platónico que ha entendido como quizás pocos en el mundo del arte actual la alquímica aspiración humanista que hace del artista un demiurgo dubitativo capaz de adentrarse en los secretos que convierten la materia en forma. Es decir, en arte. "La moral del arte es su forma", escribió un descreído Gottfried Benn en tiempos no menos confusos que los nuestros. Una intuición a la que Franco Monti ha sabido dar presencia sensible. ●